

Lo espontáneo y lo reflexivo en la moral (*)

No pretendemos determinar lo que haya de espontáneo y reflexivo en lo ético. Ni señalar el ámbito de uno u otro campo ni fijar las implicaciones que pueda haber entre una y otra dimensión de la vida del espíritu en cuanto atañe a la moral. La pretensión de esta nota es mucho más reducida pero de una cierta intención principiativa y fundamentante. En nuestra época se trata de replantear los problemas de fundamentación. Las cuestiones de posibilidad radical del saber filosófico en sus diversos aspectos. Se suele plantear en general como puede ser captado el dato inicial y fundamentante de la filosofía y en referencia con su núcleo central como es posible construir una ontología fundamental entendiendo por tal aquella captura de lo metaempírico en que se puede verificar reflexivamente.

Ahora bien, en relación con cualquier tipo de conocimiento filosófico cabría preguntar si se trata de una construcción o posición nueva, por parte de la filosofía, de algo no dado anteriormente, o más bien de una desvelación y explicitación de algo ya acusado anteriormente. La indicación de este problema, que él solo obligará a una meditación extensa y honda, la reputamos de sumo interés para una fundamentación adecuada de la Filosofía realista.

Si la Filosofía se desenvuelve necesariamente con la tarea de una explicitación de lo dado implícitamente, se cubrirá entonces el círculo de algo que nos es dado al menos fundamentalmente de una forma prefilosófica. Creo de enormes consecuencias este punto de anclaje para una valorización de la filosofía realista.

Pero el dato inicial que de esta forma se nos da como momento prefilosófico es virtualmente filosófico; por lo cual la

(*) Publicamos la primera parte de esta valiosa investigación sobre la fundamentación de la moral sobre un «hecho» previo y universal de la humanidad, debida a la pluma del distinguido catedrático de Ética de la Universidad de Barcelona Dr. José Ignacio Alcorta. En el próximo número de *ESPIRITU* saldrá la segunda parte, referente a Descartes y Kant.

captación de lo trascendente podría verse por un camino de regresión hacia el dato prefilosófico y se realizaría de una forma espontánea.

Frecuentemente en los manuales de escolástica principalmente de dirección tomista y como consecuencia de una teoría en que el conocimiento suele conceptuarse como una especie de conjunción de forma y formas, es decir, de la forma radical de inteligibilidad, el alma, con las formas de las cosas, resulta que la posibilidad del conocimiento inteligible como tal, únicamente está posibilitado para los seres que tienen una determinada estructura ontológica a base de la forma. Pero ocurre además que se da como ambivalente de la fórmula anterior el que para la validez del conocimiento intelectual y en general del concepto, se requiere la precisión de toda conceptualización de la materia y de sus determinaciones empíricas, y se refuta que este conocimiento sea el conocimiento de la esencia de la cosa.

La solución no queda coherente, por cuanto que la materia prima también pertenece según la mencionada teoría a la esencia del compuesto hilemórfico.

La presenta basándose en la teoría precedente que todo conocimiento de esencias es inmaterial, lo cual es difícil sustentarlo en cuanto a la *ratio intellecta*. Pero además ¿cabría un conocimiento esencial en los seres hilemórficos, reducido al conocimiento de su forma? ¿No es una condición definicional previa que la esencia está constituida por los dos coprincipios de materia y forma que la estructuran?

Pero aún supuesta la reducción a un sólo coprincipio la forma como término de conocimiento ¿cabría pensar que es inmaterial cuando se trata de los seres hilemórficos que no son el hombre? El enunciado de la inmaterialidad como raíz de la cognoscibilidad entendido principalmente en la *ratio intellecta* presenta no pequeñas antinomias.

Por fortuna el problema de lo trascendente es captado en el primer salto de la inteligencia al orden inteligible. Entonces es captado de primer golpe, si bien de una forma implícita, el horizonte entero, el ámbito efectivo y posible de la inteligibilidad total, a través de la idea del ser que como muy atinadamente expresa Santo Tomás es «*primum cognitum*» de la mente humana.

Cualquier dato de la experiencia nos introduce en el ser en la primera lectura intelectual. El ser es prendido en cualquier momento y recubre y trasluce toda la inteligibilidad que puede reducirse en él. Esta manera espontánea y primera de su aparición es de suma importancia incluso para la ética. Accede a la presencia de una forma primordial y no residual. En su contraposición con el no ser, en su comparación consigo mismo y en la posibilidad de recubrir a todos los seres, fundamenta los pri-

meros principios de la mente. En el ser, en cuanto recubre a toda realidad, se iluminan también las nociones transcendentales entre las que destaca la del bien que hace posible el principio también transcendental de la conveniencia. Este principio, en relación con el hombre en cuanto tal, se manifiesta ontológica y gnoseológicamente como conveniencia esencial y positiva de la valiosidad y disconveniencia también esencial y negativa de la disvaliosidad.

La manifestación gnoseológica que de aquí deriva en forma imperativa práctica, y el fundamento ontológico que la sustenta, explican el *deber*.

Este *deber* que expresa la dimensión bipolar encarada a separar la valuosidad del bien, de la disvaluosidad del mal, expresada en términos escolásticos por el «*bonum est faciendum, malum est vitandum*» es una dato primigenio y prefilosófico de la conciencia espontánea.

El ámbito de lo ético y de su posibilidad pertenece así esencialmente a toda conciencia humana.

La filosofía retorna el problema y al interpretarlo tendrá que ser fiel a su dato originario no puesto ni construido por ella sino recibido de un área prefilosófica.

La exigencia metodológica ineludible obligará a hacer pié en este dato prefilosófico, que pertenece a toda conciencia humana. Una adecuada posición fenomenológica anterior a toda posición propiamente filosófica, obligará a no tergiversar ni adulterar el *factum* espontáneo de la moral, sobre el cual necesariamente habrá de construirse toda ética filosófica. La ética se manifiesta como la heteroconveniencia de los valores debidos y exigidos al hombre. El principio de conveniencia señala para toda conciencia humana la valuosidad y exigencia del bien, la disvaliosidad y exigencia prohibitiva y negativa del mal.

Una construcción filosófica que no empalme con esta realidad será una posición arbitraria. La realidad dada prefilosóficamente, por el contrario señalará la salida de la construcción filosófica y las líneas de su articulación.

Los filósofos, aun los más lejanos al realismo, confiesan implícitamente este *factum* de la conciencia humana universal y objetivo, si bien no se han hecho un problema reflexivo del mismo. Señalar cómo esta presencia de un *factum* prefilosófico se acusa implícitamente en diversas tipologías de la ética, es la tarea que nos proponemos en estas líneas.

Pero a la par veremos también cómo no se han dado cuenta suficientemente los filósofos de este dato inicial de toda posible ética.

El reconocimiento de este dato complejo que no puede ser soslayado es el punto de partida de la ética. Apercibirse reflexivamente de un problema, volver explícito lo implícito, es

la tarea de la filosofía. Volver la reflexión sobre el punto inicial y la vía de penetración crítica y metodológica en lo ético, reputamos de fundamental importancia para la construcción de una ciencia.

El hecho de que los filósofos tengan conciencia implícita del problema, refleja la certidumbre de la unidad y objetividad de lo ético en la conciencia humana.

El problema que se les planteará una vez reconocido este hecho (y la confesión implícita es la confesión más sincera del mismo) la cuestión se reduciría a verificar críticamente todos los pasos y momentos de una estructuración racional. La no adulteración del dato primigenio y radical impondrá en este caso su criterio y método y señalará el procedimiento interpretativo y sistemático. A su vez la no fidelidad en la fijación y descripción del dato prefilosófico, serviría de criterio discriminador de las pasiones erróneas.

A través de estas líneas no intentamos sino aportar algunos ejemplos modélicos de acuse implícito del factum prefilosófico ético, en filósofos dispares.

Las dos dimensiones del Factum de la moralidad

La Ilustración ejemplificativa

El factum de la moralidad no alude a la interpretación Kantiana que va envuelta por esta nomenclatura sino a la aparición espontánea de un hecho objetivo universal y absoluto, en que se expresa lo ético. Este factum tiene una perspectiva gnoseológica por cuanto aparece principiativamente en la forma de conocimientos regulativos primordiales prácticos, con valor primigenio radical primario y universal. De otro lado parece como una conciencia objetiva y universal de la valiosidad de lo bueno y de la disvaliosidad de lo malo.

Por último lo ético aparece como una realización o afectación existencial en los actos humanos que alcanza una situación objetiva y universal.

Esta complejidad de lo ético aparece en la formación escolástica que refiere la espontaneidad de la conciencia moral «bonum est faciendum; malum est vitandum».

Ahora bien; tratemos de mostrar que este factum de la moralidad es un hecho prefilosófico, que la reflexión filosófica lo recoge como un dato completo implícito, para iluminarlo y volverlo explícito, y además para fundamentarlo reflexivamente.

Es un hecho prefilosófico que la filosofía no lo pone ni lo construye ni lo funda, y diríamos que ni siquiera lo descubre sino sobre el cual reflexiona.

1º La filosofía no crea este hecho moral sino que se encuentra con él como dato para su reflexión y para la erección de la conciencia.

2º El hombre es moral por naturaleza y existencialmente y en su concepto es un agente moral de suerte que no puede organizar su existencia ni desenvolverla sin encararse con los valores morales.

«Las cuestiones de los filósofos —agrega Balmes— sobre la naturaleza de las ideas morales, confirman la existencia de las mismas; no se buscaría lo que son si no se supiese qué son. No cabe señalar un hecho más general que éste: no cabe designar un orden de ideas de que no sea más imposible despojarnos; el hombre encuentra en sí propio tanta resistencia a prescindir de la existencia del orden moral como de la del mundo que percibe con los sentidos».

El problema del factum de la moralidad pertenece a la conciencia general de la humanidad, es decir, a toda conciencia humana. Los filósofos plantean la cuestión reflexiva sobre la moralidad partiendo del proemio existencial del hecho moral. Sin este factum como materia de reflexión no podría instaurarse el planteamiento crítico de la moral. No se buscaría lo que son las ideas morales y quien dice las ideas no se cuestionaría sobre el hecho moral si antes no se supiese qué son. Estas ideas morales no pueden ser desgajadas de la conciencia humana ni siquiera por obra de la voluntad, porque ésta no puede nada frente a una forzosidad que pertenece a la naturaleza. Aun cuando el orden moral y el orden físico son enteramente divergentes y la constitución ontológica del uno es enteramente heterogéneo respecto de la del otro, entrambos se acusan con fuerza irresistible sobre la conciencia humana. La conciencia humana encuentra tanta resistencia en prescindir de la existencia del orden moral como en la del orden exterior percibido por los sentidos.

Las significaciones marcan la distinción radical de lo bueno y de lo malo, lo honesto y lo inhonesto, lo recto y lo depravado, lo valioso y lo desvalioso, lo digno y lo vituperable (1).

Ahora bien, estas significaciones ¿tendrían un sentido en su radicalidad si no se diese en la conciencia humana el factum de la moralidad de una forma esencial? Es decir, como algo que atañe a la naturaleza específica humana y por tanto no sólo existencialmente y *de facto* sino esencialmente y *de jure*? La significación radical bipolar, la ordenación necesaria contraria, que no se puede soslayar de los conceptos éticos en su sentido profundo, alude a algo que se da únicamente por referencia al hombre en cuanto hombre. Si el hombre no viviese él mismo, la

(1) Son datos primarios irrecusables de una conciencia espontánea universalmente válida, absolutamente objetiva, incondicionada en su formulación.

moral, de una forma primaria; si no se le plantease el problema del etos de una forma radical y natural, con la responsabilidad y gravedad con que le está encarado, no se le podría explicar. Tenemos que puesta la naturaleza del hombre, se da la distinción de bien y mal, y que por ello la moral existe antes de que pensemos reflexivamente sobre ella.

Ejemplificaciones del factum de la moralidad.

El reconocimiento de que existe un factum de la moralidad de carácter espontáneo como testimonio de la dimensión poética y práctica de lo ético podría verificarse a través de los distintos sistemas filosóficos e incluso a través de los hechos culturales.

Lo ético preside así implícitamente a su desenvolvimiento y esclarecimiento explícito. Aparece así envuelto de suerte que el desenvolvimiento filosófico no es más que una explicitación reflexiva.

Los testimonios que vamos a aportar en este sentido no pretenden historiar esta cuestión sino mostrar ciertos hitos ejemplificativos y modélicos a través de autores dispares.

En la especulación griega anterior a Sócrates, la distinción establecida en lo que es ético por naturaleza y lo que no lo es, acusa ya el señalamiento de una conciencia moral espontánea universal y objetiva por encima y en cierto modo por debajo de las conveniencias y de las leyes. En el orfismo hay ya una clara expresión de la conciencia moral como depositaria de ideas morales universales y como determinadora de la rectitud. El *nosce teipsum* del templo de Delfos alude no a un mero conocimiento psicológico sino moral, y supone que radicalmente es homogéneo en todos los hombres. En el pueblo israelita es el corazón el que representa en cierto modo la conciencia moral. De él sale el mal y el bien que se conoce espontáneamente por el hombre.

La influencia órfica en el aspecto de reconocer una conciencia moral y con ello un factum ético objetivo penetra en la tragedia y en la lírica. En este tipo de literatura es fácil descubrir ya la palabra «*syneidenai*» como una conciencia moral del interior del espíritu humano (2).

Sócrates penetra en la idea del «*syneidenai*» y no sólo le otorga una objetividad y universalidad espontánea sino que lo hace función innata del ser del hombre.

El conocer es hacer que brille la luz de esta luminosidad innata del factum ético, en el cual tiene el hombre su más cumplida expresión. Ser *sí mismo* es llegar al conocimiento auténtico

(2) SÓFOCLES, Elec. 93; ESQUILO (Choeph. 214 Herodot VI, 57 etc.

y adecuado de sí y con ello descubrirse en lo que uno auténticamente es y conquistarse en lo más genuino, del ser. Por lo cual el conocer y el obrar son inseparables. Llegar al verdadero ser de uno mismo es en cierto modo llegar a ser ese mismo ser. O reconocerse en lo que auténticamente se es. Por lo cual la sabiduría y el obrar bien son lo mismo. Pero ello es gracias a la existencia del *factum* de la moralidad. La dialéctica gnoseológica y la práctica se identifican así en Sócrates y aquello que nos lleva al conocer nos lleva al obrar y por tanto al ser. Descubrir lo que verdaderamente uno es, perforando las obnubilaciones en que se halla envuelto; es llegar a ser *sí mismo*.

El conocimiento es activo porque nos devuelve nuestro ser. Y la acción es iluminativa porque nos descubre en lo que somos.

Por eso el mal no se puede obrar a sabiendas, sino por error, que si es voluntario será mal moral.

El hecho moral consiste en descubrir el bien del hombre y con ello al hombre mismo o sea en descubrirse a sí mismo. Y esta es tarea del hombre en cuanto tal y por tanto tarea universal específica universal y objetiva.

Fácil tarea sería hacer ver cómo Platón y Aristóteles reconocen un *factum* ético espontáneo universal y objetivo; el primero, siguiendo las huellas de Sócrates; el segundo, mediante la doctrina de los primeros principios que también cobran expresión en el orden práctico. Pero no seguiremos esta orientación por ser más conocida.

Del mismo modo cabría hablar en todo el ciclo del pensamiento cristiano del *factum* espontáneo de la normalidad testimoniada a través del reconocimiento espontáneo de la ley natural que, según San Pablo, Dios ha escrito en el corazón de los hombres.

En gran parte de la patrística y de la escolástica el problema de la «*syndéresis*» acusa el reconocimiento también prefilosófico y espontáneo de un *factum* absoluto universal y objetivo de lo ético.

El ser en su primario encaramiento a la conciencia no se ofrece como indiferente sino como conveniente y valioso. El no-ser o el venir a menos en el ser, se nos presenta como la disvaliosidad. Esta situación en relación con el debido *hacer*, como dimensión del ser, se presenta también como valiosidad de hacer hacer el bien y disvaliosidad de hacer el mal.

JOSÉ IGNACIO ALCORTA,

*Catedrático de Ética de la Universidad
de Barcelona.*

(Continuará).